

No tenemos, pues, que esforzar nuestro ingenio para vengar la gloria de los elegidos de Dios. Él mismo sabe encargarse de la defensa de su causa, y los milagros le cuestan muy poco, cuando ha decretado el hacerse admirar en sus Santos (1). Sería inútil el extenderme más por justificar el culto que la Iglesia tributa á las reliquias de los Santos en general. Voy á justificar en pocas palabras el culto que hoy tributamos á los restos preciosos de San Fortunato.

Me congratulo de recordar aquí las glorias de vuestro Santo Patrono, que, como natural de Rávena, era italiano. Pero esa circunstancia que realza el interés que tomo en su memoria, no debe aminorar, sino más bien aumentar, el piadoso interés que vosotros mismos tomáis en su memoria, y la confianza que ponéis en su protección. ¿Qué no debéis esperar de la solicitud de un Santo que, trocando á la edad de treinta y cinco años la mansión de la Italia por la de la Galia, quiso establecerse y concluir su vida en ella, y amó más que á su país natal á esta patria adoptiva?

Precedido por la fama de poeta y de literato distinguido, había sido acogido con el más grande favor por Sigeberto, Rey de Austrasia. Mas Fortunato no había venido á las Galias en busca de riquezas y de honores, no había venido á buscar otro tesoro que la santidad. Héle ahí, renunciando las delicias de la corte, trasladarse bien pronto á Tours, al sepulcro de San Martín, para recoger allí el espíritu de santidad que conserva las cenizas benditas del que fué el taumaturgo, el prodigio y la gloria de la Galia cristiana.

La Iglesia de Tours estaba gobernada entonces por el ilustre Gregorio de Tours, digno sucesor de San Martín, dichoso heredero de su espíritu. Fortunato no podía me-

(1) Mirabilis Deus in Sanctis suis. (Salmo, LVII, 36.)

nos de adherirse íntimamente á él, y se apresuró á aprovecharse de su enseñanza, y, sobre todo, de su ejemplo. Con semejante guía, en poco tiempo hizo tales progresos en la perfección cristiana, que el discípulo pareció igualar á su maestro. Dócil á las advertencias de San Gregorio, resolvió consagrar á la gloria de Dios y de los Santos su talento poético, que le había valido la admiración del mundo ilustrado, y compuso un hermoso poema en cuatro libros, en honor de San Martín, que atrajo sobre él las bendiciones de la Iglesia entera.

Era el tiempo en que aquella asombrosa señora, en quien los prodigios de la hermosura realizaban el prodigio de todas las virtudes, Santa Radegunda, Reina de Francia, acababa de trocar las fiestas y la pompa de la corte por la humildad, la pobreza y el espíritu de penitencia de la vida religiosa. Impulsadas por el heroísmo de su ejemplo, una multitud de vírgenes de la más elevada distinción, entre las que se contaban cuatro hijas del Rey, habían seguido á la Reina en su retiro. El célebre monasterio de Santa Cruz de Poitiers iba á nacer de aquella reunión de almas sublimes de que el mundo no era digno, y cuyo retiro mismo no podía comprender el mundo.

Las mujeres santas siempre se han asociado con Santos en sus empresas para la gloria de Dios, la salvación y el alivio de los hombres. Santa Clotilde fué ayudada por San Remigio, Santa Teresa por San Juan de la Cruz, y Santa Francisca de Chantal por San Francisco de Sales, en todas sus piadosas fundaciones. El coadjutor decidido, el ángel tutelar de Santa Radegunda en sus obras de religión y de caridad, fué San Fortunato. Su espíritu de penitencia, de piedad y de abnegación le habían hecho célebre en todo el país. Así fué que Santa Radegunda se apresuró á atraerle á Poitiers, y le nombró su secretario y administrador general de todas sus obras y fun-

daciones. Del mismo modo que en otro tiempo San Ambrosio, no siendo más que catecúmeno, sin tener ni aun el carácter de cristiano, tenía ya el espíritu y las virtudes de Obispo, Fortunato, sin tener el carácter de sacerdote, tenía ya todas las cualidades de tal. Los Santos se adivinan unos á otros. Santa Radegunda no necesitó más que algunos meses para conocer las virtudes sacerdotales que Fortunato encubría bajo su vestido de lego. Le decidió, pues, á recibir las sagradas órdenes, y le hizo capellán y limosnero de su piadoso instituto. Fortunato excedió bien pronto las grandes esperanzas que la Santa Reina concibiera de su celo, su adhesión y su desinterés. Con su cooperación, escuelas, hospitales, casas de refugio, aparecieron como por encanto en derredor del convento de Poitiers. De todos los puntos de las Galias y de los países más distantes, acudían allí en tropel los jóvenes para instruirse, los pobres y los enfermos para ser aliviados y socorridos, las almas piadosas para edificarse, y los grandes del mundo y hasta los Reyes para aprender á ruborizarse de sus desórdenes y borrarlos con sublimes expiaciones. Todos los alicientes para la virtud, todos los ejemplos de piedad sincera, todos los remedios para los males del alma, se encontraban allí al lado de los consuelos de la caridad. En poco tiempo el convento de Poitiers llegó á ser, después del sepulcro de San Martín de Tours, el santuario más célebre de la Galia en el siglo vi. Sin duda era debido á la Santa Reina; pero el que lo ejecutó fué el santo sacerdote. Si Santa Radegunda fué el alma, San Fortunato fué su brazo derecho en una obra tan útil y tan admirable.

Penetrada de los sentimientos de la más fervorosa devoción á las santas reliquias, Santa Radegunda hubiera dado todo cuanto poseía por un pedacito de la Santísima Cruz. Para conseguirlo había enviado clérigos á Cons-

tantinopla, y el Emperador Justino II la había enviado un hermoso fragmento de aquel precioso instrumento de la Redención, adornado con rica pedrería. San Eufronio, Obispo de Tours, á quien Santa Radegunda había participado la adquisición de tan precioso tesoro, se dirigió á Poitiers para hacer la traslación solemne á la magnífica iglesia que la Santa Reina había hecho construir al efecto, y que desde entonces tomó el nombre de Iglesia de la Santa Cruz de Poitiers. No se necesitaba tanto para excitar el númen poético de Fortunato; y para aquella ceremonia compuso el celebrado himno de la Cruz, *Vexilla Regis*, adoptado por la Iglesia, obra maestra de poesía lírica cristiana, que los inteligentes y aficionados al arte y la forma sensual, pueden admirarse de vernos elogiar tanto, cuando á nosotros nos sorprende mucho más el verlos, en su entusiasmo retrógrado y estúpido, admirar poesías que elevan tan poco el alma sobre el culto de la materia y de las pasiones animales.

Se debe también á San Fortunato el himno no menos sublime y patético:

Quem terra, pondus, sidera,
Colunt, adorant, prædicant,
Trinam regentem machinam
Clastrum Mariæ bajulat,

en honor de la Santísima Virgen; como asimismo otros muchos himnos sobre los más grandes misterios de la Religión, que desde hace trece siglos resuena en nuestras iglesias.

¡Gloria á ese Santo Obispo por haber suministrado á nuestra Madre la Iglesia católica esos cánticos sagrados!... Ella los repetirá en toda la sucesión de los siglos, con santo y puro entusiasmo, para invitar á las almas emancipadas de los sentidos á enaltecer los prodigios de bondad del Dios hecho hombre, á celebrar las grandezas

y las glorias del Dios Redentor y de su Santísima Madre, allí en donde no se extinguirá jamás el espíritu cristiano y donde no cansarán esas sublimes poesías. ¡Qué importan ciertas desigualdades, ciertas rudezas de expresión, cuando el alma se halla subyugada por todo lo que la verdad ortodoxa tiene más comprensible y la santidad más celestial!... La gracia, la elegancia, las verdaderas bellezas vendrán siempre en auxilio del poeta que recibe su inspiración de fuentes divinas.

Se censura, es cierto, á sus demás poesías de falta de sencillez y de claridad. No trato de examinar hasta qué punto esos poemas puedan merecer semejante crítica, pues que se conviene en que sus himnos son irreprochables, y todos convienen en admirar en ellos la elevación del pensamiento, la ortodoxia de la doctrina, la nobleza de la elocución y la gracia de la poesía.

Pero lo que ha hecho á San Fortunato tan querido á la Iglesia, no es tanto su genio poético cuanto el heroísmo de sus virtudes. Teólogo profundo, literato sin rival en su siglo, realzaba sus talentos por una rara modestia. Se confesaba deudor á Santa Radegunda de lo que él llamaba su conversión. Atribuía á las oraciones y á los ejemplos de la Santa Reina y de Santa Inés, primera superiora del convento de Santa Cruz, el haber conocido y practicado los deberes del sacerdocio. Llamaba á la una su madre y á la otra su hermana en la vida espiritual. Las amaba como á padres ó parientes, y las veneraba como santas, mientras miraba á los pobres como hermanos y cuidaba á los niños como si fuesen sus hijos. Era franco sin imprudencia, sencillo sin bajeza, severo sin dureza, piadoso sin afectación, dulce sin adulación, de una conciencia delicada sin escrúpulo, devoto sin fanatismo, caritativo sin ostentación, y encubría, bajo un exterior común y fácil, y hasta jovial, la perfección de un espíritu profundamente interior.

Elevado á la dignidad episcopal después de la muerte de Santa Radegunda, añadió nuevas glorias á la Iglesia de Poitiers, que desde el grande San Hilario habían hecho célebre en el mundo cristiano tantos santos y sabios Obispos. Hizo florecer allí las letras, pero sobre todo volvió la fe, corrigió las costumbres, renovó el fervor primitivo, y creó instituciones que, durante muchos siglos, han perpetuado en aquella afortunada comarca su celo pastoral y su inagotable bondad. Pero Poitiers no gozó largo tiempo á aquel grande hombre, porque desde el año-sexto de su episcopado, abrumado por la inmensa carga de sus trabajos apostólicos, más bien que por el peso de la edad, fué á reposar en el Señor el año 603, y terminó, con la muerte más dulce y más edificante, una vida llena de méritos y de virtudes.

Bien pronto el cielo reveló su gloria por multitud de prodigios que se operaron en su sepulcro. La Iglesia le ha colocado entre sus Santos; los pueblos le eligieron por su patrono y protector. La Francia inscribió su nombre en el catálogo de los grandes hombres que la han ilustrado con la triple aureola de sus talentos, de sus trabajos y de su carácter.

¡Gran Santo!... Desde lo alto de la gloria en donde os regocijáis al lado de Dios en el cielo, mirad propicio los testimonios de piedad que este buen pueblo tributa á vuestra memoria. Aceptad el culto con que circunda vuestros preciosos restos, el júbilo con que canta vuestras alabanzas y la confianza con que os invoca. Justificad con él el título con que os honra, y sed, cerca de Jesucristo y de su Santísima Madre, su poderoso y afectuoso protector. Haced de modo que busqué ante todo el reino de Dios y de su justicia, la profesión de la verdadera fe y la observancia de la ley de Dios, todos los bienes del cielo, en una palabra, para que pueda recibir con aumento todos los bienes de la tierra. Alejad de

estos buenos cristianos todas las influencias funestas de Satanás y de sus emisarios. Ayudadlos á salvar sus almas, y defended sus personas, sus familias, sus casas, sus trabajos, sus industrias y sus propiedades.

Haced particularmente que descienda la abundancia de las bendiciones de Dios sobre estos celosos pastores de las almas, sobre la familia ilustre que toma tanto interés en propagar vuestro culto, y que tiene á gloria el edificar á esta región con los ejemplos de su religiosidad, y esparcir en ella los beneficios de su caridad. Realizad, en fin, con respecto á todos nosotros, el tierno augurio de vuestro hermoso nombre. Haced de manera que todos los que veneran como su patrono á San Fortunato, sean verdaderamente, y según Dios, afortunados en el tiempo y en la bienaventurada eternidad. Así sea.

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
Advertencia del editor.....	v

CONFERENCIAS.

Sobre el misterio de la Epifanía.....	1
Sobre la Revelación y la promesa de la Eucaristía.....	25
Sobre la institución de la Eucaristía como sacramento y como sacrificio.....	73

SERMONES.

Sobre la Cruz, en la fiesta de la Invención de la Santísima Cruz.....	97
Sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.....	119
Sobre la Resurrección.....	155
Sobre la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo.....	177
Otro sobre la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo.....	199
Para la fiesta de Pentecostés.....	219
Fragmentos de un segundo sermón sobre la fiesta de Pentecostés.....	243
Sobre la Santísima Trinidad.....	249
Sobre el amor de Dios.....	275
Sobre la resurrección de los muertos.....	419
Sobre el cielo.....	457